

Una geografía racial: Los significados de la negritud en un barrio de La Habana

Dra. Nadine Fernández
Profesor Asistente. Empire State College. New York.

El capital cultural y social se definen en parte por el espacio físico y las construcciones de la negritud y pueden depender también de la ubicación espacial. El barrio de Cayo Hueso, una sección de diez manzanas de Centro Habana, no es sólo una entidad geográfica que se puede trazar en una mapa, sino también una formación racial que genera asociaciones simbólicas entre el color de la piel, el lugar y, en el caso de este barrio, una multitud de atributos de valor negativo achacados a la negritud. Las jerarquías sociales ayudan a determinar las estructuras espaciales y estas, a su vez, refuerzan las primeras. Como resultado, no se pueden separar. Además, la identidad y la diferencia están arraigadas en el espacio, lugar y ubicación. En Cayo Hueso, hay dos significados de negritud y lugar compitiendo.

El examen de raza y espacio se desenvuelve alrededor de una estatua del General Quintín Banderas, un hombre negro que luchó por la independencia nacional. Fue inaugurada en 1948 por el entonces Presidente de Cuba Ramón Grau San Martín. Banderas fue un personaje fascinante, especialmente para agradecer el centro del Parque Trillo, situado en el barrio de Cayo Hueso. La estatua adquiere significación, no sólo por su situación central, sino



Quintín Banderas

además porque simboliza algunos de los complejos y conflictivos asuntos relacionados con la raza en Cuba. Coloca la negritud simultánea y literalmente, simbólica y geográficamente en el centro y al margen de la sociedad cubana.

A pesar de que Banderas alcanzó un alto rango en la guerra de Cuba contra España. Poco tiempo antes de que Cuba obtuviera la independencia, en 1898, se le juzgó en tribunal de guerra y se le despojó de su rango y posición.¹ Sus acusadores, en su mayoría blancos, alegaron que él había evadido el combate militar y se había refugiado públicamente con su concubina en un campamento militar cerca de la ciudad de Trinidad. Banderas no negó estas acusaciones, pero en su propia defensa adujo que tener amantes en el campamento era conducta común entre los dirigentes militares y que a él se le estaba señalando por el racismo de los oficiales locales.

La historiadora Ada Ferrer escribió en 1999 que la acusación de racismo no puede explicar del todo el caso contra Banderas.² Ella sostuvo que su conducta violaba la pureza y el honor de la causa rebelde. Agregó que un héroe nacional derivaba su autoridad política y espiritual resistiendo la tentación de las mujeres, es decir, renunciando a los placeres corporales que pudieran distraerlo de su misión.

Según los dirigentes insurgentes, los actos de dudosa moral de Banderas eran agravados por su falta de discreción y la reputación del carácter del grupo predominantemente negro de hombres bajo su mando, a quienes se le consideraba carentes de rectitud moral.³ Banderas se consideraba a sí mismo como un hombre “rústico” sin instrucción que establecía poca distinción cultural entre él y sus tropas. Por el contrario, Máximo Gómez, un héroe blanco de la guerra de independencia, opinaba que los dirigentes debían servirle de ejemplo moral a sus soldados. Él pensaba que debían dominar, no reflejar, las inclina-

ciones de los hombres pobres, sin educación, incorporados a las tropas⁴.

El juicio de guerra y democión de rango y cargo de Banderas se debieron no sólo a su falta de disciplina militar, sino más bien a asuntos de moral, urbanidad y refinamiento, cualidades todas con una fuerte carga racial en su definición. De manera que, él no servía de modelo apropiado para los ciudadanos de la república naciente por su falta de urbanismo y refinamiento. Su juicio de guerra garantizaba efectivamente que no tuviera un papel dirigente en la nueva república. Muchos dirigentes militares negros fueron en efecto excluidos por una razón u otra de los cargos dirigentes cuando Cuba ganó la independencia. Por lo tanto, al inicio mismo de la república, a pesar del fuerte movimiento abolicionista que estuvo estrechamente unido a la lucha independentista, y una ideología nacional de crear una nación para todos los cubanos, la realidad histórica reflejaba que los negros ocupaban una posición ambigua en la nueva sociedad.⁵

Al igual que muchas otras naciones latinoamericanas a principios del Siglo XX, la nueva república cubana luchaba por reconciliar ideas dominantes de progreso y modernismo que estaban atadas a la blancura, en un país con una población diversa y mezclada racialmente. Sin embargo, menos de 50 años más tarde la estatua de Banderas fue colocada por el Presidente Grau en un lugar de honor, en el centro de este pequeño parque urbano situado en “la parte más ciudad de la ciudad”, como describió el trovador cubano Silvio Rodríguez a Centro Habana.

Una manera en que podemos ver la ambivalencia persistente hacia la negritud representada en Banderas – la imagen icónica en el centro del barrio – es en cómo la negritud está construida, disputada y espacialmente constituida en Cayo Hueso hoy día. Los espacios en Cayo Hueso se disputan precisamente porque

concretizan y ubican literalmente marcos ideológicos y sociales fundamentales y recurrentes que estructuran las interacciones diarias.

Hay dos imágenes rivalizantes principales en el barrio de Cayo Hueso, que a nuestro modo de ver actúan sobre la política de representación conferida a espacios públicos. Primero, la imagen que es un barrio malo, que es un lugar que reproduce y ubica el capital simbólico asociado con la negritud. Esta imagen se le atribuye a Cayo Hueso, en parte, debido a los muchos solares que allí existen habitados predominantemente, pero no exclusivamente, por afro-cubanos. La asociación negativa de estos solares con espacios negros estigmatiza el barrio entero como un lugar de crimen, delincuencia y degeneración moral – baja cultura.

Segundo, las imágenes que tratan de reevaluar estos solares y rescatar la reputación del barrio en general y los solares en particular, como lugares importantes de producción y perpetuación de la rica herencia cultural afro-cubana. Esta imagen no niega que éste sea un espacio negro, sino más bien capitaliza esa percepción y trata de darle una nueva vuelta más positiva.

Cuando me mudé a La Habana en 1992, los académicos y otros profesionales a menudo me preguntaban dónde yo vivía. Cuando contestaba que en Cayo Hueso, ponían los ojos en blanco, expresaban preocupación profunda por mi seguridad y concluían entonces que nadie podía hacerme cuentos porque estaba viviendo “La Habana de verdad”, no una versión limpia como la que se le presentaba a los turistas y visitantes extranjeros.

En un artículo reciente en el sitio web del Parque Trillo, un autor que se crió cerca del parque citó experiencias similares a las mías. Escribió: “a pesar de las contradictorias leyendas y cuentos, nunca vi ningún acto de violencia que lo diferenciara de otras áreas de La Habana. No obstante, su mala fama reina. Cuando usted

dice que vive a una cuadra del Parque Trillo, la gente lo mira de una manera que no es difícil imaginar lo que están pensando”⁶.

Como este autor, pronto me di cuenta de que estaba viviendo en el equivalente cubano del South Bronx, que no era ni remotamente un lugar tan peligroso como su equivalente en los Estados Unidos. Pero, como el South Bronx u otros barrios confinados en los Estados Unidos, Cayo Hueso llevaba el estigma de ser un barrio malo, un lugar peligroso, un barrio mayormente negro a pesar del gran número de blancos que vivían allí, un lugar lleno de solares, un lugar de pobreza con edificios atestados de personas y destruidos. El barrio se percibía como una zona llena de delinquentes, negros y otra gente socialmente marginal. Qué apropiado que Banderas, un héroe nacional afro-cubano que fue valorado primero y después difamado, estuviera situado como figura central en el espacio público principal del barrio. Su historia hace eco de la ambivalencia hacia el barrio y el parque como lugares decididamente negros y reputablemente peligrosos.

Cayo Hueso es en efecto la sección más densamente poblada de Centro Habana. Tiene viviendas muy viejas y destartadas y está llena de solares, que pueden describirse como cuarterías que a veces se encuentran en terrenos yermos. Algunas de estas cuarterías no tienen servicio sanitario ni agua corriente. Además, los solares están emparedados entre apartamentos y son básicamente edificios compuestos de varios pisos con locales de una sola habitación que dan a un patio central cementado. Algunos solares tienen solamente inodoros y pilas de agua colectivos, y muchos de ellos son adaptaciones de lo que fueran residencias de una sola familia. En este barrio de diez manzanas hay más de 200 de esos solares. Desde principios del Siglo XX, los solares se han caracterizado como espacios negros problemáticos.⁷ Simple-



mente vivir en un solar puede ennegrecer socialmente a una persona. La residencia en un solar conlleva lo que el sociólogo urbano Wacquant llama “estimagnetización territorial”⁸ Desde el punto de vista de los no-residentes, la mala reputación de los solares se aplica al barrio entero simplemente por la proximidad.

Aunque Cayo Hueso es un barrio racialmente mezclado con aproximadamente la mitad de sus habitantes blancos, se le percibe como un espacio negro con todo el capital simbólico negativo asociado con la negritud. No obstante, un estudio cubano conducido en 1987 encontró que, en la mayoría de los casos, áreas con altos índices delictivos como Cayo Hueso no tienen una tasa de delito más alta que el promedio⁹. Pero, aún un hecho como éste no puede cambiar la imagen negativa.

Durante los años más difíciles de la crisis económica a principios de la década de los 1990, durante el llamado Período Especial, Cayo Hueso fue designado oficialmente una “zona peligrosa” debido a una ola de pedradas y vandalismo que rompió un cierto número de ventanas. Como resultado, los residentes fueron sometidos a menos y más cortos apagones por las noches. Todos mis vecinos se alegraron de esto a la vez que esperaban que las pedradas continuaran.

En general, los residentes de Cayo Hueso comparten una visión negativa del barrio. Sin embargo, tienen una comprensión mucho más matizada de la fuente de esta reputación. Las distinciones refinadas y micro-jerarquizadas que no son evidentes para los extraños, si resultan esenciales para los residentes que aspiran a distanciarse de la reputación del barrio y escapar de la estigmatización territorial, ya que la identidad local es una parte clave de la identidad personal en Cuba y es a menudo la primera fuente de información que se intercambia cuando la gente se conoce. El lugar comunica mucho sobre la “cultura”, historial y respetabilidad de una

persona. Por lo tanto, no es solamente una ubicación geográfica en un mapa

Como resultado, las taxonomías y percepciones locales y el uso del espacio del barrio hacen distinciones claras entre los residentes que viven en apartamentos y los que viven en solares. Además, hay solares de distinto tipo. Algunos son mejor mantenidos y respetables, similares a apartamentos, mientras otros constituyen barrios insalubres, es decir, espacios destaralados y desmoronados de negritud y pobreza. A pesar del nivel generalmente alto de interdependencia entre los vecinos y la interacción frecuente cara-a-cara — especialmente en la bodega y otros establecimiento que distribuyen alimentos racionados, — los residentes que viven en apartamentos casi nunca conocen a o interactúan con la gente que vive en el solar de al lado. Los solares y los apartamentos forman mundos sociales separados. Los residentes de apartamentos, tanto blancos como afro-cubanos, comparten la perspectiva dominante de la mala reputación del barrio; pero les atribuyen esa reputación solamente a los solares problemáticos y a la gente que vive en ellos. Las tácticas de distanciamiento de los residentes de apartamentos y la diferenciación social dentro del barrio minan la solidaridad y la confianza interpersonal. Para los residentes de apartamentos, los solares representan espacios negros peligrosos en los que no quieren entrar.

De igual modo, la raza está inscrita también en otros espacios en el barrio. El Parque Trillo es para muchos residentes otro espacio negro, especialmente después del anochecer. Durante el día, sirve del lugar para las reuniones y funcionamiento de los círculos de los abuelos. Por la tarde, es el campo de juego y práctica deportiva para niños de la escuela primaria del barrio. Después de clases, es común ver niños de todos los tonos de piel jugando juntos en el parque. Sin embargo, por la noche el parque se convierte en un “espacio



Callejón de Hamel

negro”. Aún con los bancos rotos y los faroles apagados, se convierte en una sala de estar exterior para los hombres jóvenes que viven en los solares de los alrededores. Los fines de semana, es corriente ver a grupos de hombres “rústicos” y algunas mujeres reunirse a los pies de la estatua de Banderas tomando, jugando dominó y pasando el tiempo.

El otro factor que contribuye a la negritud del parque es la presencia de varias ceibas. Estos árboles se consideran sagrados en la santería, una religión cubana de origen africano.

La base de estos árboles sirven a menudo de depósito a varios hechizos o “trabajos” tales como plátanos maduros amarrados con cinta roja, cartuchitos llenos de yerbas o piedras, etc. La evidencia de la santería en el parque también lo hace un espacio socialmente marginal para los residentes que ven esta religión como cosa primitiva y peligrosa.

La “comunidad imposible” y la representación negativa de Cayo Hueso no pasan sin desafío. El barrio, como muchas áreas urbanas, es lo que la antropóloga Setha Low



llama un espacio disputado donde los conflictos sobre los significados conferidos a lugares hacen eco de luchas sociales más amplias sobre mitos colectivos profundos¹⁰. Por lo tanto, la negritud del barrio que es espacial en los solares y el parque es también la fuente de una representación alterna de Cayo Hueso —la cuna de la cultura afrocubana.— Esta representación no niega la negritud asociada con Cayo Hueso, sino más bien la celebra. Este intento de reevaluar la

negritud y los solares se produce a varios niveles y tiene resultados mixtos.

A fines de la década de los 1980, el centro cultural Cayo Hueso comenzó a organizar rumbas dentro de algunos de los solares del barrio bajo los auspicios de la Dirección Municipal de La Habana. Este proyecto era un esfuerzo consciente por cambiar la “comunidad imposible” y el aislamiento social de los solares descritos antes. Las rumbas eran organizadas, dirigidas y ejecutadas por residentes de Cayo Hueso. Los bailarines y músicos eran residentes del barrio. Estas funciones se representaban en los patios de los solares y eran gratis y abiertas a todos. Cuando era posible, se servían refrescos para atraer al público.

Además de contribuir a crear un puente de unión entre los solares y los apartamentos y ayudar a establecer contacto entre estos grupos, las rumbas eran una manera de ocupar a los jóvenes locales de una manera socialmente constructiva y ayudarlos a descubrir y apreciar las raíces culturales del barrio. La realización de las funciones en los solares era una manera de hacer que los residentes tomaran más responsabilidad y orgullo de su solar y trabajaran juntos para sostenerlo y conservarlo limpio. El uso de la rumba era una manera de resaltar y ubicar espacialmente la negritud en el solar y darle una vuelta positiva.

Las rumbas que presencié a principios de la década de los 1990, como fruto de este esfuerzo, eran relativamente exitosas en generar sentido de comunidad dentro del solar y en ocupar a los jóvenes locales en un proyecto productivo del barrio; pero la asistencia a las funciones tendía a ser escasa y atraía a poca gente que no fueran residentes del solar. Además, este esfuerzo estaba plagado por la falta de recursos. El inicio de este proyecto coincidió con los peores años del Período Especial y para fines de los 1990 parecía haber sido usurpado por el

surgimiento del Callejón de Hamel, una atracción turística popular.

En la década de los 1990, Salvador González, un artista local de Cayo Hueso, mulato claro y practicante de la santería, pintó un mural en la pared de la casa de un amigo en el pequeño Callejón de Hamel. El trabajo artístico de González utiliza símbolos religiosos y elementos afro-cubanos en abundancia. Durante los 1990, sus murales se extendieron y llegaron a cubrir más de 100 metros de pared en el callejón y la mayoría de las paredes posteriores de un edificio de apartamentos de seis pisos que da al callejón.

Hoy el Callejón de Hamel es un espacio multi-dimensional de arte al aire libre con música en vivo y rumbas semanales. Incluye también un establecimiento donde González vende su obras de arte, una barra que vende refrescos y merienda en divisas, y una tarima que vende ron en pesos cubanos. González ha ganado una reputación internacional como muralista y ha sido comisionado para hacer murales por todo el mundo incluyendo países tales como los Estados Unidos, Dinamarca, Venezuela y Noruega, entre otros.

A pesar de que el Callejón de Hamel haya podido comenzar como un espacio que celebraba la cultura afro-cubana en un esfuerzo para revitalizar a Cayo Hueso para sus residentes, el callejón sirve ahora a un público mucho más amplio, es decir, turistas extranjeros. En efecto, la mayoría de los residentes locales ven el callejón como una atracción turística. Una búsqueda reciente de "Callejón de Hamel" en Internet mostró que había más de 500 sitios y referencias al lugar. La mayoría de las descripciones del sitio se referían al callejón como parte de un paquete turístico o itinerario de viaje. Además, se elogiaba el sitio como un espacio "auténtico" que exhibía cultura afro-cubana y que no debía perderse.

Puede encontrarse muchos jóvenes cubanos, en especial jóvenes negros, frecuentando el Callejón de Hamel. Algunos esperan conocer extranjeros, otros van a disfrutar de la música en vivo y el ron disponible. El callejón también le otorga espacio a la negritud en Cayo Hueso; pero lo hace en el contexto del turismo global. Arraiga sus raíces en la imagen persistente de Cayo Hueso como un espacio negro; sin embargo, desplaza simultáneamente la negritud a la diáspora negra exótica que buscan los turistas extranjeros.

En conclusión, Cayo Hueso puede haber dejado de ser un lugar estigmatizado para convertirse en un destino agradable para los ojos de algunos; sin embargo, es todavía un espacio donde la ambivalencia persistente hacia la negritud se epitomiza en la figura heroica del General Banderas. Erecto, silenciosamente, en el corazón de Cayo Hueso, preside sobre un espacio innegablemente negro, donde los significados conflictivos de la negritud se representan tanto localmente como en el escenario global.

NOTAS Y BIBLIOGRAFÍA

1. Ferrer, Ada. *Insurgent Cuba: race, nation and revolution*. Chapel Hill, University of North Carolina Press. 1999
2. Ferrer, Ada: ob. cit: 174.
3. Ferrer, Ada: ob.cit: 177.
4. Ferrer, Ada: ob.cit: 177.
5. de la Fuente, Alejandro. *A Nation for All*. Chapel Hill, University of North Carolina Press. 2001 ; Ferrer, Ada: ob. cit.
6. Guimeras, Gilda. "Un parque con el sabor de lo propio". *La Calle*. Coordinación de los Comités de Defensa de la Revolución. Recuperado en febrero 23, 2004, <http://www.lacalle.cubaweb.cu/cuadra/trillo.htm>
7. de la Fuente, Alejandro. ob. cit.
8. Wacquant, Loic. *Urban Outcasts: Stigma and Division in the Black American Ghetto and the French Urban Periphery*. *International Journal of Urban and Regional Research* 17. 1993 :366-83.
9. de la Fuente, Alejandro: ob.cit: 314.
10. Low, Setha y Denise Lawrence-Zúñiga (eds.) *The anthropology of space and place: locating culture*. Malden, Mass. Blackwell. 2003